

DE LA INOCENCIA DEL NIÑO A LA SEXUALIDAD INFANTIL

Yolanda López (*)

Introducción.

El tránsito de estos dos conceptos es preciso indagarlo en las condiciones históricas que lo hicieron posible.

La inscripción social de la significación del niño en la cultura occidental, remite a las representaciones colectivamente construidas en el transcurrir de los siglos que perfilan para cada época una imagen de niño a partir de la cual, las expectativas y los intercambios sociales entre adultos y niños logran un sentido particular que atraviesa las prácticas cotidianas entre ellos y proyecta una dialéctica de relaciones que tiene que ver con el futuro de cada sujeto y de cada sociedad.

Históricamente, la imagen de niño ha sufrido varias transformaciones que se diferencian por las valoraciones que los adultos y la comunidad dan a su existencia. Valoraciones que tienen que ver con el desconocimiento o reconocimiento de su especificidad, entendida como una manera particular de existir entre los otros.

El ser del niño emerge de esta manera, del discurso del Otro. De un Otro que significa los seres y las cosas e inscribe, a través del lenguaje en el interior del sujeto y de la sociedad los diversos sentidos en los cuales y por los cuales, el niño define una posición frente así mismo y a sus semejantes.

En un rápido recorrido histórico, podemos decir que la representación de niño ha ido desde algo similar a un borramiento simbólico, e incluso físico por parte de los adultos hasta su exaltación, pasando por épocas de progresivo reconocimiento, que le fueron dando, de esta manera, entidad social, es decir que posibilitaron la construcción social de su especificidad.

Llegar a la construcción social del niño como inocente, supuso un proceso de diferenciación física, psicológica y social con el adulto, con quien en una época estuvo confundido. Para ello, el cuerpo, sus capacidades físicas y facultades mentales tuvieron que ser reconocidas en su particularidad por contraste con las del adulto.

Una concepción de niño incapaz, inepto, imposibilitado por sí mismo para la comprensión del mundo, se extendió y profundizó entre los siglos XVII al XIX y sus consecuencias pueden estimarse en los rigores del sometimiento de que fue objeto en las instituciones



educativas, en la familia y en la sociedad en general. Pero además, como efecto de su "debilidad mental" fue considerado como un ser puro, lo cual lo fue elevando ante los ojos de los otros, en el transcurrir de los siglos mencionados, hasta el punto de constituirlo en un símbolo con claras analogías con lo divino. El esfuerzo familiar, educativo, social debía orientarse a preservar su pureza, vale decir, a no descubrir ante él los misterios de la vida - léase de la sexualidad - hasta tanto su razón, que debía consolidarse con la adultez, se lo permitiera.

De la sexualidad infantil del inocente es entonces de la que Freud habla al final del siglo XIX y comienzos del XX. Escándalo, indignación, ruptura marcan el comienzo del discurso psicoanalítico sobre los niños.

La perspectiva del presente escrito, es mostrar como la representación de niño es una construcción que se sitúa en un tiempo y en unas condiciones culturales determinadas, para lo cual mencionaré algunas de las imágenes construidas a través de la historia. Precisaré luego, la concepción del niño inocente, como efecto en el sujeto de la mentalidad de una época y por contraste algunos de los descubrimientos de Freud sobre la sexualidad infantil.

1. El niño en la sociedad Romana.

Podría afirmarse que el niño en la antigüedad romana,(siglos I y II) para sobrevivir debía pasar por un doble nacimiento: Cuando salía del vientre materno y cuando superaba el rito de ser alzado por el padre del suelo donde era colocado al nacer. Elevación física y acogimiento que tenía el significado de la aceptación, del reconocimiento por parte del padre, y que le daba el derecho a la vida. De no producirse este acto, se sobreentendía su rechazo por lo cual el niño era abandonado, expuesto en la puerta de la casa a las inclemencias del tiempo, produciéndose su muerte cuando no era recogido por alguien que se compadeciera de su suerte. Crecer, vivir no era algo ordenado por la naturaleza del infante, era una atribución del padre, quien en un acto de elección decidía adoptarlo o no.

La adopción de este tipo y las adopciones de niños con los que no se tenía ningún vínculo de consanguinidad, por ejemplo, hijos de los esclavos, o niños abandonados, u otros niños esperados o conocidos, era una práctica corriente y además legal en tanto no era penalizada y era reconocida por la sociedad.

La elevación o alzamiento, la adopción y el infanticidio, eran los mecanismos que daban cuenta en la familia de las formas de crecimiento de la misma y de anticoncepción utilizadas. Los dos primeros siglos del imperio romano atestiguan la amplia extensión de estas prácticas, en donde, los niños no deseados, ya fueran éstos, hijos de hombres libres o

de esclavos, los hijos del adulterio, aquellos que nacían con alguna deformidad, o enfermedad, las condiciones de pobreza, eran motivos suficientes para el abandono o la muerte.

Encontramos aquí representaciones que excluyen al niño del universo afectivo de los mayores o por lo menos lo sitúan frente a los padres y semejantes de una manera tan peculiar que resulta difícil para nosotros comprender. Diríamos que no existe un sentimiento de la infancia o mejor que dicho sentimiento coloca al niño como un objeto cuya existencia absolutamente contingente no quita ni agrega bienestar o felicidad a aquellos con quienes el niño convive. Se asiste así a una especie de borramiento simbólico, que llega a tener su correlato más claro en la supresión física, es decir en el infanticidio.

Hacia finales del siglo II, esta situación comienza a cambiar. Una nueva moral, (la estoica) empieza a inscribirse socialmente y dentro de ella la familia adquiere un nuevo estatuto. Esto supone transformaciones en las representaciones y relaciones entre niños y adultos lo cual puede apreciarse, tal como lo registra, uno de los más autorizados historiadores de la infancia y la familia, el francés Philippe Aries, en las lápidas funerarias italianas y galoromanas, en las que se representa a los cónyuges junto con sus hijos, en donde los esposos repiten exactamente el gesto ritual de las nupcias, cogiéndose de la mano derecha.

Ya hacia el siglo VI, el matrimonio logra una dimensión moral que no tuvo en la Roma antigua, dando un nuevo sentido a la vida y a la muerte. La unión de los cónyuges se hace sagrada al igual que los hijos que son su fruto. . Ahora los vínculos carnales y sanguíneos se hacen más importantes que las decisiones sustentadas en la voluntad del padre. El matrimonio monogámico prevalece sobre otras formas de unión libre, el marido sigue conservando el derecho de repudiar a su mujer, y la indisolubilidad de la unión, como efecto del influjo de la iglesia, y del progresivo reconocimiento de la comunidad y del Estado toma su lugar como principio sustentador de la familia. La historia del niño no puede pues, desvincularse, de la historia de la familia.

" En el siglo VI empiezan y durarán mucho, tiempos duros, en los que las ciudades se contraen y se fortifican, se erigen castillos, y diversos vínculos de dependencia sustituyen a las relaciones de derecho público existentes en la polis antigua y en los estados griegos: vínculos de lealtad personal, compromisos de hombre a hombre. El poder de un individuo ya no depende solamente de su rango, del cargo que ocupa, sino además del número y lealtad de su clientela, la cual se confunde con su familia, y de las alianzas que se puedan establecer con otras redes clientelares....De este modo los hijos legítimos, ilegítimos y los tomados por adopción logran un papel extraordinario. Hacen falta hijos, muchos hijos,...para constituir una reserva a la cual poder recurrir, en el caso, frecuente, de incidentes y de mortalidad." (Aries P. 1986. P. 6)

La fecundidad y el niño toman nuevos sentidos, nuevos significados. Sin embargo la indiscutible revalorización de la fecundidad puede contrastarse con la ambigüedad que se

registra en la revalorización del niño. Aunque el infanticidio se convierte en delito y es perseguido, y los recién nacidos entran a ser tutelados por la iglesia y el Estado, formas enmascaradas de supresión física siguen manteniéndose durante varios siglos. A las muertes de los niños se les buscará ahora una razón: Asfixias en la cama mientras dormían, ahogamiento en pozos o en tinajas, caída a las chimeneas como accidentes casuales en los que los padres o cuidadores no lograron llegar a tiempo.

A pesar de esto es posible afirmar que paralelamente, el niño empieza a tomar un lugar importante para los adultos. Su vida empieza a ser, en general, valorada, y la figura y la gracia del niño son considerados como atributos en los que los padres y mayores se complacen. Una nueva mirada se instaure frente al infante, lo cual puede registrarse en la iconografía de la época, en donde la figura de efebo, tal como lo registra P. Aries, aparece por todas partes adornando los castillos. El nuevo aprecio del cuerpo y de la gracia del niño permite deducir un nuevo sentimiento de la infancia, que lo reconoce de alguna manera en su especificidad, es decir, en sus particularidades físicas y psicológicas frente a los adultos.

II. La imagen del niño en la edad media.

" La infancia perderá, a lo largo de la edad media y durante bastantes siglos, la acentuada peculiaridad que había adquirido en la Roma imperial, de la cual es testigo el puesto que ocupó en el arte y en la decoración. Se dispersará, mientras que, en cambio, la tendencia a revalorizar y sacralizar el matrimonio no sólo se mantendrá sino que incluso se verá reforzada. Es como si, más allá de un cierto límite, los lazos sanguíneos, que habían creado un espacio aparte para el niño actuasen en sentido contrario y redujesen ese espacio. Parece como si el hombre de principios de la edad media sólo viese en el niño un hombre pequeño, o mejor dicho, un hombre aún pequeño que pronto se haría - o debería hacerse- un hombre completo: un período de transición bastante breve. En aquel duro ambiente de guerreros, la debilidad que simboliza el niño ya no parecía agradable y gentil." (Aries P. 1986. p.10.)

La iconografía de la época, muestra una percepción del niño que apenas se diferencia del adulto por su talla. Su gesto, su contextura, su ausencia de gracia y de armonía mostraban un adulto disminuido en su tamaño. El período específicamente infantil, remitía a aquella época de la vida en que la fragilidad del cuerpo y la ausencia de lenguaje, impedían al niño valerse por sí mismo. Una vez superadas estas deficiencias básicas se mezclaba en el mundo de los adultos, para ayudar en su trabajo y para compartir con ellos su cotidianidad.

En ese sentido puede decirse que no había rasgos específicos que caracterizarán la infancia y que como tal no existía esta categoría en la mentalidad de la época.



Entre los siglos XII y XIII, van apareciendo imágenes de niño que guardan una mayor similitud con su representación moderna: El ángel con rasgos más suaves, redondos y graciosos, incluso un poco femeninos será una representación que tendrá gran frecuencia en el siglo XIV. Tal como lo registra Aries, los ángeles de los pintores Boticelli, Fra Angélico y Ghirlandajo, atestiguan esta nueva representación.

Hacia el siglo XII la imagen de niño Jesús o la virgen niña empieza a tomar un lugar preeminente. En el siglo XIII aparece cada vez con más frecuencia el niño desnudo, (los putti) que representa el amor, el ángel y el alma inmaculada, o lo que es lo mismo la inocencia del niño bautizado.

A partir de este siglo el niño ya no estará ausente de la edad media, tendencia que se acentúa con el surgimiento del retrato en el siglo XV y la gran expansión de la representación de los putti, o niños desnudos.

Las imágenes que van emergiendo a partir del siglo XII, hasta el siglo XIX llevan la impronta de las ideas religiosas predominantes en la Europa de la edad media. El ángel, el niño Jesús, el niño desnudo que evoca al ángel, dicen de un sentimiento de la infancia atado a un sentimiento religioso que atribuye particularidades al niño que tienden a emparentarlo con la divinidad. Se busca suprimir en la representación colectiva del niño sus características de humanidad, es decir sus deseos, sus pasiones, presentándole, además, un ideal al que se debe esforzarse por parecer, para asegurar una adultez noble y la posibilidad de su trascendencia en la vida celestial.

III. El niño, un inocente.

Hacia finales del siglo XVI, la decencia en el comportamiento es ya un valor que se exige al niño con mayor o menor rigurosidad dependiendo de la edad por la que atraviesa.

Durante los tres primeros años a nadie se le ocurría impedir que el niño jugara públicamente con sus genitales, se divertiera con ellos y los ofreciera como objeto de tocamiento, de contemplación, de diversión para los adultos, que tenían por costumbre celebrar legítimamente y gozar estas gracias.

El padre de Dainville, historiador de los jesuitas y de la pedagoga moderna, citado por Aries, observa: en esa época, siglo XVI, el respeto debido a los niños era algo completamente ignorado. La gente se permitía todo delante de ellos: frases licenciosas, acciones y situaciones escabrosas, los niños lo oían todo, lo veían todo." (Aries P. 1987. p.147.)

Es de anotar, que esta falta de reserva en relación con la sexualidad del niño parece apoyarse en la idea de que allí no era posible discernir pasión o concupiscencia, es decir completa ajenidad del niño a la sexualidad. No se presumía que se afectara su inocencia, pero, además era un juego placentero y a nadie se le ocurría preguntarse de dónde derivaba ese placer. Digamos que era una pregunta imposible para la época. Hacia los cinco años, ya no se usa jugar con las partes íntimas del niño, aunque no se le prohíbe divertirse con las de las personas que lo atienden y le sirven, teniendo en cuenta que las cuidadoras tenían sus camas al pie de la del niño.

Todas estas libertades deben desaparecer automáticamente cuando el niño cumple siete años. Es esta la edad en la que la educación debe comenzar, porque precisamente es en esa edad en la que según la iglesia católica el niño ingresa al uso de la razón. A partir de este momento el niño debe aplicarse a aprender la decencia de los modales y el lenguaje. Empieza a ser reprendido para que acepte callar en sus palabras y en sus gestos un saber que había exhibido ante los otros en años anteriores.

En este proceso puede observarse, que mientras el adulto consideraba al niño un ser irracional, podía gozar con él de sus juegos sexuales. Puede advertirse un algo de exceso que desconoce los efectos que puede tener para el niño. Cuando el niño adviene a la razón, el adulto tendrá que guardar compostura y exigirla. Pareciera que la racionalidad del niño pudiera captar ese goce del que no se puede hablar cuando se ha llegado a la adultez. Algo del orden de la transgresión parece estar presente en este segundo comportamiento. La sexualidad será reconocida solamente asociada a la procreación como una responsabilidad planteada al ciudadano por la Iglesia y el Estado. Del deseo y de su satisfacción no es posible hablar.

Al niño de diez años se exigía una discreción y compostura que nunca se le hubiera demandado en los primeros años. De esta manera, la educación buscaba someter aquello que resultaba incompatible con el comportamiento adecuado de los adultos. Esto se registra en el detalle de las normas educativas y de las invenciones pedagógicas, creadas entre los siglos XVI al XVIII, que en su excesiva severidad, hablaban sin decirlo de algo que había que domeñar: la carne, la molición, como perdición del alma y del cuerpo de mujeres y hombres.

Esa repugnancia tardía hacia los adornos sexuales que el niño ponía a sus juegos con los demás, es también el resultado de todo un movimiento de reforma de las costumbres, que se desarrolla desde el siglo XVI, que toma gran intensidad en el siglo XVII y que se consolida como renovación religiosa en el siglo XVIII.

Papel fundamental en las transformaciones del período juega un selecto y reconocido grupo: los moralistas, los reformadores, los humanistas, y dentro de estos, de una manera destacada, los jesuitas del monasterio de Port Royal, en la introducción de una religiosidad

en las prácticas de la vida privada de los adultos pero por encima de todo en la formación y educación de los niños y jóvenes. Es necesario decir que cada uno de estos personajes logró una relativa influencia en el pensamiento de su época, su importancia retrospectiva está en que a la larga lograron imponer sus concepciones, que llegan hasta el siglo XX.

"Humanistas de renombre como Erasmo y Luis Vives, cuyo influjo en los moralistas católicos, así como en las prácticas es bien conocido, no consideraron indigno escribir obras acerca de la educación de los pequeños. Entre sus innovaciones está la de plantearse la necesidad de que la buena crianza e instrucción comience desde los tiernos años. Elaborarán en consecuencia, toda una serie de planes y preceptos con el fin de que los niños sean precozmente iniciados en la piedad y en las buenas letras. Justificarán la importancia que conceden a esa tarea por su vinculación a la instauración de un nuevo orden social." (Varela Julia, 1986. P.156.)

Los reformadores confieren a la infancia cualidades que los hacen permeables a toda influencia del ambiente y de los adultos. De los niños y los muchachos dicen que *"son dúctiles y maleables, como la cera blanda, la arcilla húmeda, y los arbolitos tiernos. Poseen una gran facilidad para la imitación, a la vez que están dotados de una capacidad inmediata para retener lo que se les enseña. Nacen desnudos, débiles, sin defensa; son rudos, flacos de juicio y en su naturaleza se asientan gérmenes de vicios y de virtudes. De esta caracterización de la primera edad se deriva la necesidad de su dirección y cuidado con el fin de convertirlos en sujetos racionales, buenos y piadosos cristianos y ejemplares súbditos." (Varela J. 1986. P. 156.)*

Como puede observarse dos dimensiones se le reconocen a lo que se llama la naturaleza del niño: Una positiva que lo hace objeto de transformación y adiestramiento y una negativa, que habla de él como un ser que carece de razón, débil, e inclinado al vicio. Esta segunda naturaleza del niño es el efecto de ser el fruto del pecado original.

Esa naturaleza dañada del niño da origen a un discurso moralizante, cuyo más claro exponente es el teólogo y escritor francés, Jean Gerson (citado por Aries) quien es sus escritos revela una cuidadosa observación de las costumbres de la infancia y de sus prácticas sexuales. Desprecio, repugnancia y reproches por las costumbres sexuales de los niños es lo que se desprende de sus reflexiones y apreciaciones. La corrupción inscrita por el pecado original es parte de la naturaleza de la infancia. Por ello, según Gerson, es necesario, en primer lugar, trabajar estrechamente con los confesores, de tal manera que éstos a través de sus prédicas y de sus consejos personales logren crear en los pequeños penitentes un fuerte sentimiento de culpabilidad, que bloquee los pensamientos y actos pecaminosos. De otro lado para preservar a la niñez y a la sociedad de tan grave peligro, era indispensable, según el mencionado teólogo, introducir severos cambios en las malas costumbres de la educación.

"Todos se habrán de comportar con los niños de otra manera: se les hablará sobriamente, utilizando solamente palabras y gestos decentes. En los juegos se evitará que los niños se besen, se toquen con las manos desnudas, o se miren. Se evitará la promiscuidad de los niños con los adultos, por lo menos en la cama, aunque sean del mismo sexo... Se prohíbe rotundamente tocarse in nudo ya sea jugando o de otra manera. El niño debe oponerse a que otros lo toquen o lo besen y si lo permite debe inmediatamente confesarse para reconocer su culpa. Dice además que "sería bueno" separar a los niños durante la noche". (Aries P. 1987. P.151-52.)

Ciertamente y tal como lo plantea Aries, Gerson tenía planteamientos muy avanzados con respecto a las instituciones de su época. Seguramente esa persecución individual, e íntima a cada niño, no sucedía tal como estaba plasmado en sus escritos. Pero los escritos fueron preparando y creando una mentalidad, que puede verse, muy claramente establecida a mediados del siglo XVIII. Su ideal moral pasará a ser el ideal moral de los Jesuítas de Port Royal, de los Hermanos de la doctrina cristiana y de todos los moralistas y educadores del siglo XVII.

Hacia finales del siglo XVI, la situación de los niños empieza a cambiar en términos precisos; Se acentúa la exigencia del pudor en todos sus actos. La castidad de los niños, como la cortesía en el lenguaje se convierten en banderas de los moralistas. Por ello no se tolerará ni a los hijos del rey, las libertades que estaban permitidas anteriormente para los pequeños.

Al respecto dice Aries: "No se trata de algunos moralistas aislados como Gerson, sino de un gran movimiento, cuyos signos se perciben por todas partes, tanto en la numerosa literatura moral y pedagógica como en las prácticas de devoción y en una nueva iconografía." (Aries P. 1987. p.155)

La inocencia como cualidad inestimable del niño se va forjando en el largo proceso que va del siglo XIV al XVII. La tarea de humanistas, moralistas, reformadores, maestros, fue erigir el NO SABER como cualidad característica del niño. Su cuerpo y su psique considerados materia y sustancia maleables, deberían ser el lugar en que los artífices y dueños del saber de la época inscribirían sus demandas al niño.

Progresivamente, a lo largo del siglo XVII aquella representación del niño desvalido, que necesita de los otros y que carece de razón se va desplegando, va logrando preeminencia sobre la idea de la naturaleza dañada del niño. El que no tiene el uso de la razón, es el que por lo tanto no sabe, no entiende de los misterios de la vida. Surge así el niño detentador de la INOCENCIA que le deja el bautismo, representante en la tierra de lo más puro, lo más limpio, por ello lo más cercano a la divinidad.

Cerca de un siglo después, siglo XVIII, esa idea de la inocencia infantil se habrá convertido en una idea común.

Se la puede seguir a través de una extensa literatura moral y pedagógica dirigida a los padres y educadores; en el paralelo entre ángeles y niños que se convierte en un tema que se vulgariza y alrededor del cual se hace un discurso que busca ser edificante para los niños. Se asienta la idea de que la importancia de la infancia está en la infancia de Cristo. Dios se humilló doblemente al hacerse hombre y niño, pero si él quiso ser un infante, los méritos de su infancia pertenecían todos los niños. Deriva de allí una nueva devoción, la que se dedica a la Santa Infancia que empezará a ocupar un lugar en las prácticas religiosas y en la iconografía de la época. Viene luego la idea de que por la inocencia del niño, Dios lo habitará siempre, hablará por su boca por lo cual los niños se convierten en una protección frente al peligro y a la tentación.

Ahora la idea de impudor y de pecado de la carne en el niño se hace molesta. Sin pasiones ni concupiscencia es la figura más semejante en su impecabilidad a Dios.

Podemos concluir que los dos aspectos fundamentales que constituyen el sentimiento de la infancia en el siglo XVIII y XIX son: La inocencia que hay que conservar a toda costa y la ignorancia que hay que vencer a través de la una cristiana educación.

Un ideal de niño se ha instaurado en la mentalidad de la época. Un ideal construido progresivamente, en donde insignes voceros de la iglesia católica jugaron un papel fundamental. La sexualidad del niño con la que en una época, los adultos se divertieron se sustrae a la representación social de la infancia. La imagen del ángel confundida con la del niño hace de éste último un ser asexuado y por ello mismo cercano a la divinidad.

La inocencia es un atributo que los otros, los adultos suponen en el niño. Un niño sin palabra por cuanto esta no tenía para los otros ningún valor. En la medida en que es esta una representación colectivamente construida para una época, ella produce y reproduce una percepción social y una autopercepción en el niño que se encuentra en la base de toda la dialéctica de intercambios que el niño establece consigo mismo y con los otros de su entorno. Su ser y su hacer buscarán responder a aquello que sobre él fue dicho.

IV. La sexualidad infantil un efecto del discurso psicoanalítico.

En el contexto de la mentalidad descrita, a finales del siglo XIX, y comienzos del XX, Freud osa decir que el niño inocente, no lo es tanto, que tiene una sexualidad de la que tiene un saber y cuyas formas de organización atravesadas por la cultura, vale decir por el discurso del Otro, tendrán un significado fundacional para la subjetividad en cada sujeto.

En sus conferencias de introducción al psicoanálisis, de 1917, observa Freud, que lo indecente es un lugar común para calificar todo aquello que tome el sentido de lo sexual. Es por eso, aquello de lo que nada puede ni debe decirse a otros. En este sentido un discurso que se ordena suprimir, so pena de ser calificado como inmoral.

Por ello puede decirse que escándalo, indignación y ruptura marcan el comienzo del discurso psicoanalítico y mucho peor aún si la sexualidad aparece como uno de los atributos del niño.

Diferentes caminos de investigación llevan a Freud a encontrarse con la sexualidad infantil, destaco dos que creo fundamentales:

1. Su experiencia clínica.
2. El estudio de las perversiones.

1- Desde su experiencia clínica, y específicamente a través de su trabajo con la histeria, por los relatos de sus pacientes, Freud comienza a saber sobre una serie de vivencias traumáticas relacionadas con la sexualidad y derivadas de los intercambios sostenidos con algunos adultos, en el período de la infancia. Freud encuentra una estrecha relación entre estas experiencias vividas activa o pasivamente por los sujetos y los distintos síntomas que los aquejan.

El nódulo del trauma es localizado por Freud, en el primer momento de su construcción teórica, en un evento real, de naturaleza sexual vivido con alguno de los progenitores o con adultos allegados o no a la paciente.

La seducción real, como evento traumático, se establecía de esta manera, como la causa de diferentes inhibiciones y desplazamientos del deseo sexual, vividos en la vida adulta por los sujetos.

Sin embargo, el desarrollo de su experiencia clínica y su propio autoanálisis imponen a Freud otra deducción: la seducción en un gran número de casos es efecto de la fantasía del sujeto, que en su imaginación realiza aquello que desea intensamente, pero que por repugnar a su conciencia moral, es inconfesable.

La reiteración en la clínica de este tipo de fantasías, que posteriormente Freud redimensiona en el drama Edípico como proceso constituyente del sujeto, le permite deducir: en primer lugar, que el encuentro del sujeto con su sexualidad es un evento traumático cuyas huellas marcan de una manera particular la subjetividad, por lo cual sus efectos se prolongarán a lo largo de su existencia. En segundo término, reconoce que en los intercambios entre la madre y el padre con el niño, siempre hay un algo de seducción inintencional que se desliza en las caricias, en las prácticas higiénicas y alimentarias, que dicen de un algo de exceso que afecta particularmente al niño sin que el adulto lo sepa. Diferencia evidentemente esta seducción, de una serie de prácticas violatorias de la intimidad sexual de niños y niñas por parte de los adultos, por el fin que ellas buscan y los efectos que tendrán en el sujeto.



En tercer lugar, Freud, sostiene y sustenta a través de sus observaciones y deducciones clínicas que la sexualidad funda la subjetividad y por ello la organización psíquica del ser humano. El instinto historizado como efecto de su inscripción en la cultura, se transformará en pulsión, trascendiendo de esta manera, el registro de lo natural para reconocerse en la historia que la cultura inscribe en el inconsciente.

2. La íntima relación que Freud encuentra entre la sexualidad infantil y las perversiones, le permite oponer al concepto de sexualidad vigente en su época una noción mucho más amplia, que busca superar la identidad, sexualidad, genitalidad, procreación, para considerar otra serie de fenómenos, que nadie dudaba reconocer como sexuales, pero que sin embargo, no eran objeto de atención ni en la investigación ni en la actividad intelectual de su tiempo.

Restringida la sexualidad al coito como acto de procreación, las diversas expresiones encontradas por Freud en su clínica de los neuróticos, aparecían en el discurso médico y psiquiátrico de la mitad del siglo XIX, como estigmas degenerativos de reducidos grupos de individuos, que al no cumplir con la finalidad de la reproducción se señalaban como transgresiones que atentaban contra la moral de la época.

La acuciosa investigación de las perversiones realizada por Freud, debe vincularse a varios hechos derivados del conocimiento y tratamiento de sus pacientes: En primer lugar, haber encontrado como tendencias, aún en sujetos que llevaban una vida sexual normal, las formas perversas de la sexualidad. En segundo lugar, la amplia difusión de estas prácticas, consideradas hasta esa época como excepcionales, como formas de satisfacción del deseo sexual. En tercer lugar el haber encontrado que la restricción o privación efectiva de una satisfacción sexual normal es susceptible de hacer surgir tendencias perversas en personas que jamás las manifestaron. Estos tres aspectos le plantean la necesidad teórica de indagar el estatuto de las perversiones en relación con la práctica sexual normal.

Así la noción de sexualidad a partir de Freud, si bien incluye aspectos que circulan como saber ordinario "*.....como la oposición de los sexos, la consecución de placer, la función procreadora y el carácter indecente de una serie de actos y de objetos que deben ser silenciados*" (Freud 1977. p.319.) introduce, además una serie de prácticas, llamadas perversas, reconocidas en grupos enteros de individuo, que teniendo carácter sexual, se distinguen de las del hombre normal, por cambiar, unas, el objeto de sus deseos sexuales, como es el caso de los homosexuales, y otras, su fin sexual, tendiendo a buscar uno distinto del normalmente aceptado. Cada uno de estos dos grandes grupos mencionados, comprende a su vez dos clases de individuos: aquellos que buscan la satisfacción sexual en la realidad y aquellos otros que se contentan simplemente con representarse en su fantasía dicha satisfacción y sustituyen el objeto real por una creación imaginativa." (Freud S. 1977. Ps.320-21)

Una actividad de sustitución se impone en las perversiones. Sustituyen unas el objeto, otras el fin, y otras, objeto y fin. La sexualidad y la procreación no son correspondientes. Como tendencias que se repiten, y que retornan, las perversiones aparecen como ramificaciones intrínsecas y permanentes de la pulsión sexual. Algo de la no adecuación, se repite, insiste, algo que no se pliega a un sólo lugar y a una sola función. Aparece así un principio fundamental: La sexualidad humana no está ligada a un único objeto ni a un único fin.

Si de acuerdo a la clínica, las tendencias perversas aparecen siempre mezclada con la vida sexual normal y si además surgen ante la abstinencia sexual, es posible por ello afirmar - dice Freud- que éstas ya existen en el sujeto en estado latente, lo que sin forzar mucho las cosas, llevaría a suponer la sexualidad adulta como resultado de algo que ya existe y en lo cual tiene su fuente. La perversión sexual estaría en el fundamento de la sexualidad humana y es ella una de las características que tipifican la sexualidad infantil.

Es necesario admitir por lo tanto algo sexual que no es genital, algo que no se somete al fin procreativo, y que como tendencias están desde el principio en el interior del sujeto y que antes de que el hombre esté por su desarrollo sexual, en capacidad de procrear, actúan independientemente unas de las otras, dirigiéndose, hacia el cuerpo propio, haciéndose autoerótica, o hacia objetos exteriores, en busca de placer.

Al respecto dice Freud: *"La investigación psicoanalítica (...) ha llegado a comprobar que todas las tendencias perversas tienen sus raíces en la infancia y que los niños llevan en sí, una general predisposición de las mismas, manifestándolas dentro de la medida compatible con la inmadura fase de la vida en que se hallan; esto es que la sexualidad perversa no es otra cosa sino la sexualidad infantil, ampliada y descompuesta en sus tendencias constitutivas."* (Freud. S. 1977. p.326.)

La sexualidad infantil contiene en su organización final, la organización sexual adulta. Destacamos aquí dos aspectos fundamentales: 1- La íntima y particular relación del niño con la madre, alcanza para él una importante consecuencia psíquica. La imagen materna como primer objeto de amor, será el ideal, jamás alcanzado, que de alguna manera preformará la futura elección de objeto en el adulto. De allí la importancia que en las transformaciones y sustituciones del objeto de amor tiene esta elección primordial. 2- La síntesis de las pulsiones parciales en el niño y más tarde en el adulto, se someten a la primacía del falo por ser éste el único órgano sexual que el sujeto infantil admite.

Con este planteamiento Freud instaura para el niño ese tipo de saber imaginario, que originado en su curiosidad sexual infantil, desconoce la diferencia fundamental entre los sexos, en contra de cualquier evidencia, y que como teoría infantil sustenta posteriormente el complejo de castración, como proceso que permite para el niño varón su salida del triángulo edípico por temor a ser dañado en lo más preciado de su cuerpo y para la niña



supone su ingreso a dicha triangulación, porque imaginariamente a través del padre logrará ser completada con aquello que la madre no tiene y ella no sabe cuando lo perdió.

Alrededor de esa creencia imaginaria del niño, más tarde el adulto organiza su sexualidad. El falo como lo que falta, dirá luego Lacan, como lo que no se tiene e insistentemente se busca en series de objetos que se sustituyen indefinidamente. El falo será el elemento simbólico fundamental alrededor del cual cada hombre y mujer organizarán de una forma particular su deseo.

La sexualidad infantil, a partir de Freud, no será un simple atributo del niño. Será un operador fundamental de su constitución subjetiva, y con ello de su sexuación. La mirada y la palabra que vehiculizan el deseo del otro, situarán el deseo del niño frente a sí y frente a los otros de una manera determinada, lo que derivará en formas particulares de situarse frente a su propio mundo.

V. Algunas reflexiones finales.

- Claramente, los planteamientos de Freud van en abierta contravía con la mentalidad de la época, que reconoce la edad entre los doce a catorce años como aquella en la que de pronto, bruscamente, el niño despierta a la vida sexual. La identidad entre sexualidad y reproducción, oscurece lo que para la aguda escucha y observación de Freud, es transparente: los niños tienen vida sexual, excitaciones sexuales, necesidades sexuales, y una especie de satisfacción sexual. Ignorar esto - dice Freud - es algo tan disparatado, como afirmar que nacemos sin órganos genitales y carecemos de ellos hasta la pubertad. Es además, cerrar los ojos ante realidades evidentes.

-La obra de la cultura es "*proscribir severamente las manifestaciones de la vida sexual infantil, y al hacerlo actúa con plena justificación psicológica, pues la contención de los deseos sexuales del adulto no ofrecería perspectiva alguna de éxito sino fuera facilitada por una labor preparatoria en la infancia. En cambio no tiene justificación el que la sociedad civilizada haya llegado al punto de negar la existencia de éstos fenómenos, fácilmente demostrables y hasta llamativos.*" (Freud. S. 1984. P. 47.)

-Padres y educadores han querido dar a la vida infantil un carácter asexual, se ha insistido tanto en los últimos siglos sobre esta idea, que ha logrado erigirse en verdad, pero es una verdad cuya real certidumbre, despierta sospechas, pues es muy común ver a padres y educadores, en nombre de su función formativa prohibir, perseguir y castigar, con toda severidad, las manifestaciones de aquello que supuestamente no existe.



-Tal como lo hemos expuesto, durante siglos el niño no contó en sí mismo para los otros. Era más bien un proyecto de adulto. La preeminencia de la edad adulta impidió reconocer la especificidad de la infancia, lo que devino como borramiento del niño por largos períodos de la historia.

-El mito de la inocencia, remite a un saber sabido muy íntimamente por los adultos. Renegar ese saber contra toda evidencia, muestra los hondos temores que despierta la historia vivida por el sujeto en sus primeros años. La amnesia infantil, como manto encubridor de las tendencias perversas del niño, y de sus avatares, permite construir dicho mito, sustentado en la represión, vale decir en la división del sujeto.

-Freud nos muestra que el niño implica el adulto. La comprensión de lo que el adulto es, supone la reactualización de su historia infantil en su presente y en su futuro. Del discurso Freudiano emerge el niño como sujeto. En adelante, a pesar de las fuertes resistencias culturales y subjetivas, el niño será reconocido como portador de una sexualidad y de un saber sobre ella. Saber que construye en sus intercambios con los otros y con su imaginación. Paradójicamente indaga a los otros sobre su sexualidad porque sabe de ella. Sabe y quiere saber sobre sus propios orígenes, es decir sobre los misterios de la procreación, es decir de la vida, sobre la forma de advenir al mundo, sobre el placer propio y el de sus padres, y contra toda evidencia, se aferra a la indiferenciación sexual. El niño inocente ha caído por el peso de la investigación psicoanalítica, lo que, digámoslo claramente, no asegura su óptimo bienestar sino más bien malestares distintos, efecto de ese nuevo discurso que lo atraviesa.

Bibliografía

- 1- Ariès Philippe. *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Edit. Taurus. Madrid. 1987.
- 2 - _____ *La infancia*. En: Revista de la Secretaría General de Educación y Ciencia. N° 281. Editada por Centro de Publicaciones del Mec. Ciudad Universitaria. 1986. Madrid. España
- 3 _____ *Para una historia de la vida privada*. En: *Historia de la vida privada*. Dirigida por G. Duby y P. Ariès. Tomo V. Edit. Taurus. 1988.
4. Philippe Ariès y G. Duby. *Desde el vientre materno hasta el testamento*. En: *Historia de la vida privada*. Tomo I. *Ibidem*.
5. Gêlis Jacques. *La individuación del niño*. En: *Historia De la vida privada*. *Ibidem*.



6. Varela Julia. *Aproximación genealógica a la moderna percepción de los niños*. En: *Revista de la Secretaría general de educación y ciencia*. N° 281 Edit. Centro de publicaciones del Mec. Ciudad Universitaria. 1986. Madrid
7. Vinyolisy V. Teresa María. *Aproximación a la infancia y a la juventud de los marginados. Los expósitos barceloneses del siglo XIX*. En Revista citada.
8. Vallas Patricia. *¿Qué es un niño?* Artículo Revista *Traducciones*. Fundación Campo Freudiano de Medellín. 1986.
9. Mahjoub Lilia.. *Lo que estructura la sexualidad del niño*. En: Revista *Traducciones*, ya citada.
10. Solano S. Estela. *La insondable decisión del niño*. En: Revista *Traducciones*, ya citada.
11. Freud Sigmund. *Introducción al psicoanálisis*. Alianza Edit. Madrid. 1977.
12. _____ *El Malestar en la Cultura*. Alianza Editorial. 1984.
- 13 _____ *Sexualidad infantil y Neurosis*. Alianza Editorial. 1984.
14. _____ *Tres Ensayos sobre Teoría Sexual*. Alianza Edit. 1990.

